



Barral Martínez, Margarita (ed.), *Alfonso XIII visita España. Monarquía y nación*, Granada, Comares, 2015, 304 pp.

Bajo la dirección de la profesora Margarita Barral, una docena de especialistas firman esta obra colectiva que reúne varios estudios sobre los viajes que Alfonso XIII hizo a las distintas regiones españolas. Fruto de dos proyectos de investigación coordinados por ella misma, la originalidad del tema abordado radica en que nunca había sido objeto de una atención tan sistemática en nuestro país, a diferencia de otros donde las giras de los jefes de Estado ya han inspirado magníficos trabajos, como bien ilustra el de Nicolás Mariot sobre los viajes que hicieron los presidentes de la República Francesa.

El libro, que se abre con un minucioso estado de la cuestión, abarca todos los territorios de España, incluyendo también las operaciones en Marruecos, y se acompaña de una copia en DVD del famoso documental *Las Hurdes*, país de leyenda, realizado por Armando Pou en 1922. En sus distintos capítulos, que parten de escenarios regionales o macrorregionales, se observa el manejo de herramientas conceptuales pertinentes, notas comparativas y fuentes primarias lo suficientemente variadas para suscitar reflexiones que exceden lo puramente descriptivo y anecdótico, distinguiéndose así de otras publicaciones encomiásticas que, a menudo patrocinadas al socaire de la efeméride, carecían de una mínima hondura analítica. Los vínculos entre la monarquía y la nación —el recurso a ésta que hizo la Corona y, en general, el estrechamiento de dicho binomio— es uno de los aspectos más sugerentes de la obra, que se adentra muy oportunamente en el significado social y político de esos desplazamientos, así como en las transformaciones que experimentó el ritual anejo con el paso del tiempo. En esencia, como resume Cano García, “constituían actos de propaganda”, pero no solamente del rey, sino también de los gobiernos y de las oligarquías locales que capitalizaban la visita.

En efecto, el objetivo fundamental de los viajes regioes era, aparte de conocer de primera mano las diferentes realidades del país y sus problemas —que no dejaba de constituir un aspecto secundario—, popularizar la monarquía; hacerla visible acercando al soberano al pueblo mediante una serie de ceremonias de masas que perseguían modernizar la institución y homologarla a las demás casas reales europeas, dentro de lo que se ha dado en llamar “monarquía escénica”. Como resume Moreno Luzón, “en el mundo contemporáneo, visibilidad y legitimación ante las masas iban de la mano”. En esa búsqueda de una nueva legitimidad que sustituyera a las fórmulas cortesanas tradicionales, el despliegue simbólico resultó clave para forjar identidades y generar una adhesión emocional a la figura del rey, quien le dio a Manuel II de Portugal un elocuente consejo que sintetiza bien el móvil de los viajes: había que “meterse en el bolsillo” a los ciudadanos. No menos gráfica resulta la descripción que hizo un funcionario que presenció uno de esos actos multitudinarios: con sus viajes, el rey iba “sembrando monarquía”.

A la vez que se producía ese contacto con las clases populares, se nacionalizaba la monarquía, pues los vínculos de la nación con el jefe del Estado se reforzaban hasta llegar prácticamente a identificarse. La dimensión pública de Alfonso XIII, como subraya la directora de la obra, “contribuyó sin duda al proceso de la nacionalización de los españoles”. Dicha vertiente se reforzó gracias a ceremonias públicas que, desarrolladas con vistosas escenografías y ornatos espectaculares, se distinguían por la constante exhibición de banderas, escudos y otros símbolos, así como la interpretación de la Marcha Real y diversos himnos patrióticos que no excluían del repertorio elementos de los imaginarios regionales. Todo ello, más evidente en la primera fase del reinado, no impidió el posterior deterioro de la figura del monarca, quien, además de verse salpicado por el problema de Marruecos, fue incapaz de convertirse en un poder neutral –mediador– de un sistema que evolucionase resueltamente hacia el liberalismo democrático, ni de integrar las singularidades culturales de territorios en los que florecía más que un inofensivo regionalismo. La base eminentemente castellana de la identidad nacional que se patrocinaba, unitarista y fundada en valores religiosos y militares, excluía de facto a un sector de la población al que seducían proyectos distintos e incluso antagónicos. Señalar algunos de los rasgos diferenciales que presentaba la monarquía española en relación con otras europeas es otro de los aspectos destacables de la obra.

Dejando de lado las estancias vacacionales, el estudio global de los diferentes viajes oficiales permite constatar las similitudes litúrgicas que se dieron entre los programas verificados en cada lugar. Se revelan omnipresentes tanto la vertiente religiosa (sobresaliendo el consabido *Te Deum*) como la militar (desfiles, revistas...); al igual que los usos interesados de la historia, con referencias al pasado tendentes a “nacionalizar la monarquía”, legitimarla y glorificar su papel legendario mediante la adulteración o el enaltecimiento de ciertos episodios. Estuvo asimismo muy presente la munificencia, donativos reales que, con el mismo objeto de tratar de mejorar la aceptación social de la Corona, emparentaban con la idea de la *welfare monarchy*. El compromiso con la modernización económica solía procurarse con inauguraciones o visitas específicas a determinadas industrias, aparte del laudatorio tratamiento que a la imagen del rey dio el cinematógrafo, emblema del progreso, y del marco que brindaba la iluminación eléctrica. El papel de las élites tampoco se soslaya en esta obra, donde, asimismo, se revela esclarecedora la mayor presencia en unas regiones que en otras (así Cataluña frente a Aragón) o el modo en que se desarrollaron algunas visitas en contextos “especiales” (como en Valencia, donde el peso del republicanismo era proverbial; o en Ceuta y Melilla, territorios donde la llegada de un rey español constituía un fenómeno inédito). Aspecto igualmente relevante es el de las controversias generadas en los plenos municipales al discutirse las partidas destinadas al gasto que ocasionaban las visitas, por aflorar en ellos una oposición republicana que pocas veces reflejan otras fuentes oficiales.

De la obra se desprende que la forma en que se proyectó la imagen de la corona ayudó a difundir la identidad nacional española, a generar cohesión e incluso a asociar al monarca con un cierto regeneracionismo que destilaba modernidad aunque fuese en contradicción con otras rasgos tradiciones. Maura llegó a afirmar que la mayoría del pueblo español no sabía “concebir la nacionalidad [...] sin la persona del Monarca”. Ahora bien, como aconseja Gemma Rubí, “tenemos que preguntarnos cómo se mide el éxito de estos acontecimientos” y quiénes fueron los asistentes. ¿Se reforzó la institución al promocionarla? Aquilatar el grado de aceptación conseguido

mediante estos desplazamientos y ceremonias oficiales no es labor sencilla. Así y todo, parece indiscutible que hubo quienes recibieron las visitas con indiferencia y que a veces no operó más acicate movilizador que la simple curiosidad, en lugar de una fervorosa adhesión; algo que no cuestiona el impacto de unos actos de masas que actualizaban la monarquía, ni su valor como símbolo de la nación, pero que obliga a matizar que no todo el mundo interiorizó los discursos nacionales parejos y que el pueblo –a diferencia de las élites– solía limitar su participación a la condición de mero espectador, por no hablar de quienes, sobrellevando una miserable existencia, no podrían menos que reprobar el lujo y la vida ociosa de la que hacía gala la familia real durante el veraneo.

Como reconoce la profesora Barral, la obra no agota el tema examinado, pero representa una valiosa aportación, original y necesaria, para conocer la reconfiguración simbólica que las monarquías experimentaron en el inicio de la política de masas y el papel que desempeñaron en la forja de las identidades nacionales. Viene por lo tanto a enriquecer las líneas abiertas por los trabajos que, sobre la monarquía y la nación, han firmado o dirigido especialistas como J. Álvarez Junco, J. Moreno Luzón, X.M. Núñez Seixas, J.P. Fusi, A. de Blas, C. Taibo, E. La Parra, R.A. Gutiérrez Lloret, M. Esteban de Vega, M^a Dolores de la Calle Velasco, A. Mira Abad, I. Saz o F. Archilés, por citar solamente algunos nombres; aparte de los específicamente consagrados a la figura de Alfonso XIII, que resultaría imposible detallar aquí.

Sergio Sánchez Collantes
Universidad de Burgos
sscollantes@ubu.es